



EL DOMADOR DEL RAYO.

En este mundo, mis queridos amiguitos, los hechos se encadenan de tal modo, que cada uno de ellos es consecuencia lógica y necesaria de otros anteriores.

En el dominio de la ciencia las cosas suelen pasar siempre de este modo.

Empieza por describirse casualmente un hecho cualquiera; este hecho pasa casi siempre desapercibido para la generalidad hasta que llega un hombre y lo señala; vienen otros detras y lo estudian; más tarde llegan otros y lo prueban; viene despues uno y lo aplica de un modo más ó ménos informe, más ó ménos rudimentario; luégo llegan otros y otros que van introduciendo modificaciones sucesivas al procedimiento de aquél hasta llegar á un punto de perfeccion relativa.

Esto nos prueba, aunque sólo sea dicho de paso, que en este mundo no hay *verdaderos inventores*, puesto que, los que tales se titulan, se

aprovechan siempre de conocimientos anteriormente adquiridos.

Una vez hechas las consideraciones que anteceden, veamos qué es lo que ha pasado con el rayo y la electricidad ántes que se probara su completa identidad.

Estamos en los últimos tiempos de la *época terciaria*, de ese período de la existencia de nuestro globo que terminó con el gran cataclismo conocido con el nombre de *Diluvio asiático*.

El crepúsculo vespertino está próximo á terminar; las sombras de la noche empiezan á envolver la tierra.

Destácase en el horizonte sobre un fondo plumizo salpicado de alguno que otro manchon de un blanco gris la negra y accidentada silueta de las montañas; sobre los negros y densos nubarrones que poco á poco se van acumulando en la

parte más elevada de la cordillera, brilla de cuando en cuando en rápido zig-zag el amarillento fulgor del *relámpago*; un rumor sordo, continuo, lejano, semejante al ruido producido por el veloz rodar de gigantesco carro por un camino sembrado de enormes peñas, repercutiendo de eco en eco, llega hasta los oídos del despavorido mortal.

El hombre no quiere ni contemplar el fenómeno: huye, corre á ocultarse en lo más hondo de las cavernas, sin temor al *velludo mamut* ni al feroz *megaterio*.

Los primeros albores de la civilización empiezan á alumbrar con su pálido resplandor las hermosas comarcas orientales.

El hombre considera con espanto los destrozos causados por el *rayo*, y no pudiendo darse razón de la naturaleza de éste, lo mira como cosa sobrenatural y lo teme como á mensajero de la cólera de los dioses. Júpiter vibra un puñado de ellos en su diestra, pronto á lanzarlos contra aquel que se atreva á llamar sobre sí su celestial venganza.

Llegado á los tiempos modernos, el hombre sigue temiendo al rayo. ¿Cómo no, si aún en el día lo tememos? Pero llevado de su espíritu investigador, trata de estudiar su origen y naturaleza.

Para Descartes el rayo es producido por el calor que se desarrolla al caer una nube sobre otra; para Boerhave es la explosión producida en el aire por gases inflamato-

rios desprendidos de la tierra; según un magnífico Diccionario de ciencias físico-matemáticas, publicado en París en 1753, la materia principal que forma el *rayo* es el *azufre*, y aduce como prueba el olor que de este mineral se percibe en los sitios en que aquél cae.

Dejemos al rayo en este punto de su historia, y veamos el desarrollo de los conocimientos adquiridos sobre la electricidad hasta esta misma fecha.

Las mujeres de Siria usaban, según parece, muchos adornos de ámbar.

Un día una de ellas frotaba distraídamente un objeto de esta sustancia sobre su rodilla, y al separarla de ella, observó que levantaba un hilo.

El descubrimiento de la electricidad fué, pues, obra del acaso.

Táles, sorprendido al ver que el ámbar adquiría por el frotamiento la propiedad de atraer ciertas sustancias, creyó que aquel cuerpo estaba animado.

Entre la sorpresa de Táles y las experiencias de Gilbert, físico inglés que fué el primero en ocuparse seriamente del estudio de la electricidad, mediaron una porción de siglos.

Este físico descubrió diferentes cuerpos dotados de electricidad, tales como el vidrio, el azufre, el diamante, etc., etc.

Otto-Guerick, burgomaestre de Magdemburgo; Boile, Hauksbée y

Gray, se ocuparon sucesivamente uno despues de otro de la electricidad de algunos cuerpos.

Mas ¿qué aplicacion se daba á este fluido?

Ninguna.

Si bien es verdad que en el terreno de las aplicaciones prácticas la electricidad no habia dado ningun paso, no lo es ménos que habia dado uno muy importante en el terreno científico.

A mediados del siglo xvii, habiendo el médico inglés *Wall* electrizado una gran barra cilíndrica de ámbar, puso el dedo en ella y vió brotar una chispa, acompañada de una luz azulada y de un ruido particular. Era la primera chispa que el hombre obtenia de un cuerpo electrizado.

¿En qué estado estaba la cuestion de la electricidad en 1750? ¿Qué utilidad sacaban los hombres de esa maravillosa virtud de los cuerpos?

Morin nos lo dice en su *Ensayo sobre la electricidad*, publicado por aquel tiempo: *Confieso que hasta ahora conozco tan poco la utilidad de la virtud eléctrica, que ni siquiera puedo formar ninguna conjetura respecto á ella.*

Tal era el estado de este ramo de las ciencias físicas, cuando un hombre de genio, nacido en el continente americano, probó de una manera irrefutable la identidad de la electricidad de los cuerpos y la

electricidad de la atmósfera, de la que hasta entónces no se habia hablado.

Aquel hombre era *Franklin*.

Retened bien, queridos niños, este nombre en la memoria.

Benjamin Franklin nació en Boston, en los Estados-Unidos, en 1706.

Empezó su carrera como simple aprendiz de cajista en una imprenta de Filadelfia. Desde esta humilde condicion, y por la sola fuerza de su honradez, de su laboriosidad, de su constancia y de su talento, llegó á encumbrarse hasta el punto de desempeñar los primeros cargos públicos de su país y de figurar entre los sabios más distinguidos del mundo.

Uno de los juguetes que os sirven de pasatiempo, una simple cometa, sirvió á *Franklin* para probar que la atmósfera estaba dotada de electricidad.

Esto nos prueba una vez más que el hombre inteligente saca partido hasta de aquellas cosas que parecen más insignificantes.

La cometa de *Franklin* se diferenciaba algo de las vuestras. La tela era de seda, estaba sostenida por dos cañas cruzadas en ángulo recto, y la que ocupaba la posicion vertical llevaba en su extremo superior una punta de hierro. El cordel era de cáñamo, ni más ni ménos que el bramante que vosotros usais, sólo que estaba terminado por un cordon de seda, pues habeis de saber

que la seda es un cuerpo *aislador*, es decir, no deja pasar el *fluido eléctrico*. En el punto de union del bramante y del cordon habia una llave.

Como el cáñamo es *conductor* de la electricidad, si la atmósfera contenia fluido eléctrico, como él creia, deberia aquél pasar forzosamente por el bramante y condensarse en la llave.

Un día de tempestad dirigióse Franklin armado de su cometa, y en compañía de su hijo, á una pradera. Lanza éste la cometa al aire y la sostiene por el cordon de seda, quedando de este modo á cubierto de los efectos de la electricidad.

Franklin, colocado á cierta distancia, contempla la cometa con ansiedad. De pronto ve que la cuerda adquiere una gran tirantez, corre hácia ella, presenta su dedo á la llave y recibe una chispa que le produce una fuerte conmocion, que habria podido causarle la muerte, pero que le transporta de alegría.

La existencia de la electricidad atmosférica quedaba demostrada.

¿Quién de vosotros, mis queridos niños, no ha visto alguna de esas

barras de hierro que coronan el tejado ó los miradores de algunos edificios?

Esas barras terminadas con una punta de cobre ó de platino y puestas en comunicacion con el suelo, tienen por objeto neutralizar la electricidad de las nubes ó descargarla haciéndola pasar á la tierra sin que perjudique á los edificios. Su esfera de accion se reduce á un círculo cuyo radio es igual á dos veces la altura de la barra.

Atraído por ellas, el rayo se ve obligado á seguir el camino que le marca la mano del hombre.

Este aparato, tan sencillo como ingenioso, se llama *para-rayos*. Su inventor fué tambien Franklin.

Este invento y la activa parte que tomó en la grande obra de la fundacion de la democracia en América, hacen que se diga de él:

Robó el cetro á los tiranos
Y á las nubes robó el rayo.

Para mí, uno de sus principales méritos está en el imperio que ejercia sobre sus pasiones. ¿Qué mucho que llegase á dominar al rayo un hombre que habia empezado por dominarse á sí mismo?

CELSE GOMIS.

JUEGO DESCUBIERTO.

I

La verdad es que os parecerá cobardía ó venganza que yo cuente todas las travesuras de mis juveni-

les años, ahora que no puedo sufrir el castigo de mis superiores, pero no debeis tomarlo como tales. Son hechos que, como los partidos políticos que se disuelven ó fusionan,

pertenecen á la historia y están impresos en nuestro cuerpo con caracteres de castigo.

No negaré que éramos todos los del colegio muy traviesos y endemoniados. ¡Ahora lo conozco, y ántes... también lo conocia!

¡Sé que son malas muchas cosas que hago, y sin embargo, las repito!...

Pero, ¿qué diantre? son flaquezas humanas y no podemos destruir nuestra propia naturaleza.

II

¿Creeis que nos contentábamos con hacer pasar al inspector entretenido todo el santo día?

¡Cá! eso era muy poco. Además, raras veces se incomodaba, miéntas que nosotros pasábamos las de Cain.

¿Hablabamos? Castigo. ¿No escarmentábamos? Castigo más fuerte, y si era menester nos ponía de piés en medio del comedor, como columnas hambrientas, para que viéramos comer á él y á nuestros compañeros con un apetito digno de otros manjares. Razon es confesar que nuestro cotidiano alimento, aunque no muy escogido ni variado, provocaba á los castigados de una manera harto cruel.

III

Teníamos que pensar el modo de que el inspector no roncase de la manera que lo hacia.

Los colegiales que estaban á su lado, no podian conciliar el sueño.

Pepe, un dia en que el *músico* estaba de broma, se atrevió á decirle:

—¿Por qué no se contrata Vd. para órgano de una catedral?

La respuesta no fué tan graciosa. Pepe quedó *contratado* por algun tiempo á no contribuir al consumo de los postres.

Pero á pesar de la advertencia del insolente jóven, el inspector seguia atronando el dormitorio con sus profundos ronquidos, que Pepe, enojado, calificó de rebuznos.

—El inspector—decia—es de lo más cruel del mundo. Por el dia me castiga á no comer y por la noche á no dormir. ¿Cómo haria yo callar esta *música* desveladora?

Estaba la luz del dormitorio amortiguada, y Pepe, rebujándose entre las sábanas y *arrullado* por los ronquidos de su cruel enemigo, se puso á reflexionar.

IV

Al otro dia Pepe metió las manos en el tintero y pidió permiso para lavarse.

La ocasion era propicia: el dormitorio estaba desierto.

Abrió su cajita de aseo y sacó de ella el cepillo y las tijeras.

Pero las grandes empresas no se acometen sin asegurarse, y Pepe fué á la puerta. Esperó un instante y nadie vino.

La cama del inspector estaba perfectamente hecha, la desdobló como si en ella fuera á acostarse, y cortó las puntas del cepillo despar-ramándolas imperceptibles en la sábana inferior. Cuando creyó bastante estropeado su cepillo, se esforzó en poner la cama mejor que estaba ántes, se lavó las manos y bajó á contar su aventura á sus mejores compañeros.

V

Por la noche, ni el inspector roncaba ni Pepe dormía; aquél no hallaba posicion conveniente, y éste no cesaba de reirse.

En cuanto á mí, tuve buen cuidado de morder las sábanas cuando miraba al inspector. Una sonrisa leve hubiera sido fatal.

Estuvo tentado el inspector de levantarse para hacer callar á mi amigo, pero se contentó con decir:

—Pepe, no se ria Vd., que no nos deja dormir. —Y como no hiciesen efecto sus palabras, añadió con guasa, recordando quizás lo que Pepe le habia dicho:

—¿Por qué no se contrata Vd. para payaso en un circo?

VI

Al otro dia, creyendo Pepe que nada habia notado el inspector, subió al dormitorio y picó las cerdas de su cepillo en gran cantidad. Hay quien dice que sólo quedó de él la madera. Además esparció por las sábanas un buen puñado de sal, y se fué diciendo:

—¡A ver si esta noche lo sientel

VII

Llegada la hora del sacrificio, llamó el inspector á Pepe, y le dijo:

—Me han asegurado que se fuma por la noche en este dormitorio.

¿Es verdad?

—Nada sé—respondió Pepe.

—Bueno, lo creo y no le castigo; pero no se opondrá á que yo me acueste en su cama para que no me conozcan y sorprender así á los delincuentes.

—No me opongo.

—¡Bien; acuéstese Vd. en la mia!!

VIII

Pepe no quiso acusarse á sí propio; comprendió la perspicacia del superior, y se resignó á pasar una noche de martirio.

El inspector roncó como siempre.

PEDRO GROIZARD.



LA ABUELA.

(Imitacion de Luis Ratisbonne.)

—¿Me dirás por qué abuelita
Son tan blancos tus cabellos?
—Hijo, es la nieve que anuncia
De mi vida el triste invierno.
—¿Y por qué, abuela, tu cara
Tan llena de arrugas veo?
—El pesar fué quien trazó
En mi rostro esos senderos.
—Dime más; ¿y qué es lo que hace
Que tiemblen así tus miembros?
—Eso es un viento, hijo mío,
Que baja de allá... del cielo.
—¿Y por qué tienes los ojos

Ceñidos de un tinte negro?
—Es porque he llorado mucho
Y apenada el alma tengo.
—¿Y cómo, dime, tu frente
Llevas inclinada al suelo?
—Para ver mejor la tierra
Que ha de cobijar mis huesos.
—Abuelita, ¿y qué murmuras
Siempre que te doy un beso?
—¡Ay! es que rezo, hijo mío,
Para que Dios te haga bueno.

LUIS VIGIL E. Y BLANCO.

ENIGMA.

Es al alma lo que la sangre á las
venas, lo que el aire á los pulmo-
nes, lo que á los ojos la luz.

Luce cual salvador faro en medio
del proceloso mar, á veces muy pá-
lida y lejana. Pero rara vez la per-
demos de vista. Surge como por
encanto de entre las tinieblas en
las tempestades de la vida.

Cuando nuestros anhelantes y fa-
tigados ojos han recorrido el mun-
do buscándola inútilmente, los ele-
vamos al cielo, y allí la vemos apa-
recer más serena. Allí luce más
pura.

Al reves que la fortuna, siempre
sonríe al desgraciado. Es cierto que
promete siempre y cumple rara vez;
pero, aunque rica en ilusiones, es
pobre en realidades y no hace poco
quien dá lo que puede.

Fugaz, juguetona y coqueta la

llaman sus detractores. Falaz, los
que sobre sus débiles promesas fun-
dan castillos en el aire. Marchita,
los que en los grandes dolores de
la vida la miran desaparecer.

Todos se equivocan. Ni juega, ni
coquetea, ni engaña, ni se marchi-
ta. Es una para todos, y cual la
simbólica siempreviva, siempre está
fresca y lozana. Todo depende del
cristal con que se mira. Es un sim-
ple efecto de óptica.

Renace como el fénix. Sin ella no
podríamos vivir la vida del espí-
ritu. Ya os he dicho que es al alma
lo que la sangre á las venas, lo que
el aire á los pulmones, lo que á los
ojos la luz.

¿Puedo abrigar *la esperanza* de
que lo acerteis?

FRANCISCO GOMEZ ERRUZ.

ARTISTAS CÉLEBRES.



PEDRO PABLO RUBENS.

Este célebre pintor nació en Colonia en 1577; marchó muy joven á Italia arrastrado por su entusiasmo artístico, y el duque de Mantua le alojó en su palacio; desde allí pasó á Venecia ansioso de estudiar los cuadros de Tiziano, el Veronés y Tintoreto, á Roma, Génova y demas poblaciones en que se conservaban tesoros pictóricos. María de Médicis le encargó diferentes cuadros para la galería del Luxemburgo, y el duque de Buckingham le dió una difícil comision diplomática para España, convencido de sus grandes y generales talentos, que el éxito de sus trabajos confirmó. Felipe IV, tan gran protector de las artes y las letras, hizo justicia á su mérito y le creó caballero, como más tarde lo hizo el rey de Inglaterra, regalándole en pleno Parlamento la espada de su uso y una cadena de brillantes. Felipe IV le hizo tambien gentil-hombre y secretario del Consejo en los Países-Bajos.

Entre las numerosas producciones de Rubens, ocuparán siempre distinguido lugar *La crucifixion de Jesucristo entre los dos ladrones*, los veintin cuadros grandes de la galería del Luxemburgo, y otros muchos que se conservan en Amberes, Gante y Londres. La larga residencia de Rubens en España y la proteccion decidida del monarca español á las nobles artes, han hecho que nuestra patria posea considerable número de lienzos debidos á aquel artista, siendo tal vez nuestro Museo el que cuenta mayor número de sus trabajos: entre ellos figuran asuntos religiosos tan bellos como *La adoracion de los reyes*, *Descanso de la Sacra Familia*, *San Jorge y el Dragon*, *La serpiente de metal* y *La Casta Susana*, y otros mitológicos como *El jardin del amor*, *La vía lactea*, *Ninfas y sátiros*, *Hércules hilando* y un *Parnaso*; y otros que podrian llamarse de género, como *El Viático* y *La Danza de campesinos*.

Rubens escribió tambien las obras *Tratado de la pintura* y *La arquitectura italiana*. Murió en Amberes en 30 de Mayo de 1640.

ALEGORÍA.



CRISTÓBAL COLON DESCUBRIENDO EL NUEVO MUNDO.

UNA FLOR Á LA MODA

por D. de Saint-Esprit.

Estudiad en la vida de los justos, y tan sólo hallareis obras buenas.

Luis XVI, aquel rey mártir, sembró su vida de buenas acciones; sabido es de todo el mundo. Hoy aparece á nuestra vista en uno de los momentos más sencillos de la vida social, ostentando sobre su pecho una flor blanca como su enseña; su color es el de la pureza. No es la flor de lís. Es la que da sabroso fruto y ha de ser alimento de futuras generaciones.

Aquella flor tan honrada por el rey, lo fué bien pronto por todos sus cortesanos. Hubo unanimidad en tal entusiasmo; gustó al monarca, y tuvo acceso en palacio, á pesar de estar destinada á las cañas.

María Antonieta engalanó su regia frente coronándola de aquellas humildes flores, corona de un día que habia de ser consuelo de su pueblo en el porvenir. ¡Cuánto más bella fué que las de diamantes! Las damas imitaron á la reina; los caballeros sustituyeron la cruz de San Luis por la flor á la moda, lo cual hizo decir á Mad. de Polignac: — «No ya la condecoracion de San Luis el Grande impera en la corte,

sino la *condecoracion de la patata.*»

Sí; era la flor de la patata la que causaba todo ese entusiasmo. Luis XVI era feliz al poder introducir en Francia ese tubérculo terroso que habia de ser el trigo del pobre. El rey se presentó en el teatro ostentando la condecoración del bien público. A su lado se veia un artesano de rudas maneras, pero de frente en la que brillaba el genio; su cabeza se doblegaba bajo el peso de su pensamiento como la espiga se doblega al peso de su fruto. Era Parmentier, el modesto sabio que ha llenado los montes y los valles de adelantos. Él es quien, ayudado por la inspiracion del rey, ha colocado en la mesa del trabajador, como en la del monarca, el plato de la abundancia, el plato de ricos y de pobres. Bien merece honrada memoria quien tanto se realza entre el egoismo de los tiempos.

Un buen rey y un filántropo modesto se comprenden pronto; pero tan sólo el porvenir puede estimar la grandeza de sus obras.

¡Luis XVI y Parmentier! Estos dos nombres deben hacer brotar la gratitud nacional; y sin embargo, ¡cuántos individuos recolectan en

sus tierras las patatas, sustento de tanta familia, y no conocen la mano bendecida á quien deben la aclimatacion en Francia!

Este tubérculo dió vida y riqueza á estériles tierras, y fué consuelo y alimento de necesitados.

La historia de la patata es moral y place recordarla.

En la villa de Montdidier habia en 1749 un hombre de renombrada riqueza; pero los pobres le apellidaban *de riqueza maldita*, porque nunca de él recibieron el diezmo de la caridad, y cuando alguna epidemia abatia las cabañas, el sudor de sus frentes, cambiado en moneda, desaparecia en su laboratorio. Este hombre era boticario.

Cierto dia un jóven entró en su casa. La palidez de su frente, los ojos rojos, la voz fatigada, denunciaban penas y vigiliass; sacó de su pecho un papel, y con temblorosa mano lo dió al boticario, diciéndole:

—Esta es una receta para salvar á mi madre, que se muere; es urgente.

Aquel jóven era Antonio Parmentier.

—El remedio es eficaz,—le dijo el químico;—pero, pobre muchacho, me parece un poco caro... ¡No importa, si tiene un Luis de oro!...

—¡Un Luis! ¡Ay de mí! Despues de la muerte de mi padre no hemos visto oro... Mi pobre madre tra-

baja para atender á las necesidades tuyas, como yo, que gano escaso jornal, á las mias.

—¡Los médicos están locos al recetar medicamentos tan caros á los enfermos pobres!...—replicó aquél.

—¡Oh, señor! El médico ha dicho que la pocion curará á mi madre... No ha cobrado nada por su visita...—repuso el jóven.

—¡Es distinto! Pero yo no doy nada grátis.

—¡Gracia! ¡Gracia!—gritó el mancebo.—No tengo con que pagaros; pero podeis tomar mi jornal. Sé escribir; he estudiado en mejores tiempos; yo leeré en vuestros libros, estudiaré, trabajaré noche y dia; ¡pero hoy dadme la vida de mi madre!... Admitidme; no comeré más que pan.

La explotacion de aquel jóven no desagradó al boticario; sonrió á la singular idea de su futuro discípulo y le entregó la pocion.

Antonio llevó en triunfo la medicina; la madre se salvó... y él encadenó su vida al servicio del boticario de Montdidier.

Mal comido, agobiado de trabajo durante el dia, Antonio veló en la noche junto á los alambiques, miéntras el amo descansaba.

Así sufrió sin lamentarse hasta que el boticario se juzgó bastante rico para descansar. Entónces Antonio se despidió con pena de su madre para buscar su porvenir en

el inmenso torbellino de la capital. No habia perdido los días de trabajo ni las noches de vigilia el aprendiz de Montdidier; se hallaba en el caso de poder desempeñar cualquier empleo.

Se detuvo poco en París. La sencilla relacion de su historia le valió varios protectores, y muy luégo marchó con el ejército de Annover en calidad de ayudante de botica: desde entónces la paz y el bienestar de los cansados años de su anciana madre quedaron asegurados. El jóven que tan conmovedor ejemplo de amor filial ofrecia, fué providencia de los heridos en campaña. No esperó el término de la lucha para socorrer á los que caian bajo el mortífero fuego de metralla; restañaba la sangre de los soldados, curaba sus heridas sin descanso, compartiendo con ellos todos los peligros, y por esto le honraron despues.

A la siguiente mañana de un combate no acudió á la llamada el buen ayudante; mil voces le reclamaban.

—Busquémosle en lo más rudo del combate; aquel fué siempre su lugar,—dijeron todos.

—Está prisionero,—repuso uno; —yo estaba presente; áun cuando le defendí cuanto pude, fué en vano: los enemigos, viendo cuánto nos socorria, le creyeron buena presa.

Poco despues hubo fiesta en el

campamento. Antonio fué rescatado en un canje de prisioneros. Cuatro veces pagó con su libertad tan noble abnegacion; siempre volvió al ejército; pero la quinta vez no quiso volver: la ciencia le retenia entre los extranjeros.

Nuestro interesante prisionero fué detenido por Meyer, uno de los hábiles químicos de Alemania. Este sabio abrió á Europa una de las grandes vías del progreso.

Los tesoros del laboratorio del maestro fueron explorados con avidez por Antonio; en un año de práctica adelantó de una manera inconcebible en la química. Un dia el discípulo vió con admiracion un grupo de tubérculos, los cuales no comprendia para qué pudieran servir y lo preguntó al profesor.

—Esto son patatas,—contestó el sabio;—ayer las comíamos: pienso que este tubérculo puede contener principios alcohólicos, y quiero hacer un experimento.

—¡Comer eso!—gritó Antonio con asco;—¡pero eso es sólo bueno para los cerdos!

—Ya la comen los hombres en muchos puntos de la Alemania.

—¿Cómo, maestro; Vd., tan sabio, ignora que ese tubérculo, como alimento, da lepra?

—Error, error, Antonio; la patata, originaria de Chile, fué importada á Oriente, en donde recibió del clima cierta acritud perniciosa;

de ahí viene la idea falsa de que produce lepra. Pero cultivadla en cualquiera tierra que sea, ocultando bien el fruto, y alcanzareis un alimento sano y abundante, porque una misma cantidad de tierra, que bien trabajada produce doce fanegas de trigo, producirá ciento de patatas. ¡Acordaos de que con el tiempo su propagacion ha de ser uno de los grandes beneficios hechos á la agricultura!...

Antonio reflexionó profundamente, y despues de maduros estudios, se despidió del maestro. Volvió á Francia importando el pan de los pobres.

Parmentier tenía la conviccion científica de que iba á dotar á la patria de un bien nacional; pero volvía rico en conocimientos científicos, y pobre, como había partido. No tenía un pié de tierra en que depositar el gérmen de la abundancia.

Animado por sus bríos filantrópicos, llamó á las puertas de la Academia. La sabiduría sonrió desdenosamente ante la introduccion de un *convolvulus* venenoso, y fué rechazado.

El sabio se esforzó por comunicar sus convicciones, las cuales fueron tachadas de sueños, de alucinaciones químicas. Persistió, presentando una Memoria al Ministro del Interior; su trabajo ponía á la vista todas las nomenclaturas de

los tubérculos terrosos: el *apichu* de los peruanos, las papas de Chile y la patata de los trópicos servían de tema á sus demostraciones. Todos fueron relegados al olvido ministerial, tan completamente como los tubérculos alemanes.

Parmentier, atormentado por el deseo incesante de dotar á la clase indigente, repetía sin cesar:—«El pan de los pobres está aquí.» Pero los pobres seguían padeciendo, y Parmentier no hallaba eco á su voz.

Entónces cambió de camino para alcanzar su fin de economía política.

Obtuvo la plaza de boticario del Hotel de Inválidos.

Tomó posesion, lleno de felicidad, del pequeño jardín que le correspondía en su pabellon: arrancó flores y arbustos, trabajó la tierra, y muy luégo florecieron las flores que habían de ser propagadas por la moda.

Entónces Parmentier volvió los ojos hácia el monarca, cuyo corazón era la tierra prometida del bienestar popular. Luis XVI y Parmentier se comprendieron.

El rey, despues de alguna meditacion, dijo al sabio:

—Os concedo la llanura de Sablons.

Aquel terreno inculto y arenoso fué vivificado por el gérmen de la patata.

Los habitantes de Neully vieron

con asombro aquella llanura, ántes estéril, cubrirse de flores desconocidas; inquirieron qué producian, y supusieron que algun traficante queria engordar ganado de cerda.

Parmentier les repetia cada dia que aquel alimento habia de ser la Providencia de los años sin cosechas: el pueblo se burlaba; sin embargo, miraba con curiosidad el fruto que sacaban de la tierra.

Cuando Parmentier se aseguró de la abundancia de su cosecha, llevó al rey las primicias.

—Es preciso,—dijo Luis XVI,—persuadir á los hombres lisonjeando su flaqueza; su amor propio no cederá á la luz. Si les dais las patatas, las rehusarán; para propagarlas es preciso rodearlas de un muro.

Fueron apostados centinelas en el llano de Sablons: hicieron bien la guardia durante el dia; pero al anochecer se les retiraba expreso.

La prevision del rey fué acertada. Era la fruta prohibida... y todo el mundo la quiso. Cada noche el indigente y el labrador curioso se hacian ladrones de los tubérculos prohibidos.

La penuria financiera y el mal-

estar general que atormentaba la Francia hicieron temer el hambre. Los hombres serios pensaron en conjurarla. La Academia de Besançon tomó la iniciativa, y propuso un premio para el que hallase una sustancia farinácea capaz de sustituir el trigo.

Parmentier estableció un laboratorio químico é hizo los primeros ensayos de la fécula de patata. Entónces fué cuando el monarca ornó su pecho con la flor de aquel tubérculo, promesa de abundantes esperanzas para el pueblo hambriento. Inauguró en su mesa el rey el plato del pobre. A su imitacion, los señores lo sirvieron en sus casas y castillos, y de allí, poco á poco, pasó á ser lo que hoy es: el principal alimento de la indigencia.

El populacho dejó de padecer hambre; pero olvidó muy pronto la mano bienhechora que les habia dado el pan de cada dia, y cuando el verdugo cortó la cabeza del rey mártir, no hubo una voz que se alzase á defender al padre de los pobres, cuando una humilde flor debia haber sido la enseña de la gratitud del pueblo frances.

Traduccion de

MARÍA DE LA PEÑA.



ACTUALIDADES.

Actualmente se representa con gran aplauso en el teatro Martín el conocido melodrama de magia titulado *El talisman de Ságras*.

Todas las decoraciones son del mayor gusto y se hallan artísticamente ejecutadas, distinguiéndose entre todas la del final del acto segundo, donde hay una cascada de agua natural, con tal arte dispuesta, que no se ha visto mejor en ningún otro teatro.

También llaman la atención las dos decoraciones finales del cuarto acto, así como todas las transformaciones por la rapidez con que son ejecutadas.

En la ejecución de la obra se distinguen en primer término, las señoritas Bagá y Pérez y los señores Martínez y Mesejo.

Son también muy aplaudidos los bailarines, repitiéndose el de pajes, del acto cuarto.

Deseamos que la empresa de este coliseo obtenga la recompensa á que se ha hecho acreedora por sus esfuerzos para presentar dignamente una obra de gran espectáculo como lo es *El talisman de Ságras*.

En este número no hay *Galería de desgraciados*; no porque no falten desgraciados en el mundo, sino por no tener terminadas las láminas que los encabezan. Por lo demás, la serie es bien extensa y ya irán saliendo nuevos tipos.

Los Sres. Bastinos, inteligentes editores de Barcelona, han hecho una bellísima edición del libro *Moral infantil* (cuentos, fábulas, apólogos y máximas morales), original del Director de LA NIÑEZ, declarado de utilidad por Real orden de 30 de Enero de 1879 y recomendado eficazmente por varios periódicos y la prensa profesional y política. Este librito, ilustrado con muchos y muy buenos grabados, forma

un tomo de 180 páginas, y se vende encartonado á 1,25 pesetas ejemplar y 12 pesetas docena.

La muerte en los labios es un admirable drama de D. José Echegaray estrenado en el teatro Español el martes último. Tiene por asunto las horribles luchas religiosas del siglo XVI y el martirio en Ginebra del sabio médico y teólogo español Miguel Servet, sacrificado al furor calvinista. Cada representación es un triunfo para su autor y para los actores de dicho teatro, que realizan verdaderos esfuerzos para que resalten las bellezas de la obra.

Con el título de *Al maestro cuchillada*, se ha estrenado una bonita comedia en Lara, original de D. Eusebio Sierra. La Srta. Abril y los Sres. Romea y Riquelme la ejecutan con verdadera perfección.

El Liceo de Capellanes ha logrado este año sujetar la rueda de la fortuna, por la variedad de sus espectáculos y el buen deseo de sus compañías de verso, zarzuela y baile.

Aunque vosotros no sois aún empleados, á pesar de ser españoles, bueno es que sepaís que acaba de ponerse á la venta el *Almanaque del Empleado para el año de 1881*, décimotercero de su publicación: libro interesante para cuantos han sido, son, ó aspiran á ser funcionarios públicos.

Son muchas las escuelas en que se ha adoptado como libro de lectura y de premio el titulado *Lecturas de la infancia*, original del Director de LA NIÑEZ, y que sólo cuesta una peseta. Los pedidos á nuestra administración.



CARIDAD.

Solitario por el mundo
Y aterido por los frios,
Busca el pobre saboyano
En los portales abrigo.
Silenciosa está su arpa,
Silencioso el pobre niño
Que una y otro solamente

Pueden producir quejidos...
¡Caridad! Virtud bendita,
Que redimes al cautivo
Y pan le das al hambriento,
Y consuelo al afligido,
Tu poder muestra, y socorre
Al pobre saboyanito.

NUEVOS JUEGOS DE IMAGINACION.

FUGA DE CONSONANTES.

.c.i. a.o.e e.u., é
á u. au.o. le .o. .c.o.e.
.ue .u.a .i.a.o .ué
.e. .ie.o; e. o.a .ue e. .ó
.o. .i.a.o. .o. a.o.e.

FUGA DE VOCALES.

D.s c.nd.c..n.s t. f.lt.n,
L.s., p.r. h.c.r.t. .m.r:
.l t.n.r v.nt. .ñ.s m.n.s
y .n.s c..nt.s d..nt.s m.s.

Las soluciones ántes del día 12.

ACERTIJO.

Dos son tres si bien se mira;
Tres son cuatro, ya se advierte;
Cuatro seis; y de esta suerte
Seis son cuatro, sin mentira.

CHARADA.

Ayer, con su *prima prima*
Iba el niño de *una-dos*;
Acerqueme á darle un beso;
Mas chocó contra un farol
Mi baston de *dos-primera*
Que en mis días me regaló
Dos-prima, hiriendo un pedazo
Al general *prima-dos*.